



La financiación pública y privada para innovar está detrás de la alianza de Oxford y la farmacéutica AstraZeneca

Una unión modélica entre empresa y universidad

RAFA DE MIGUEL, Londres
La rivalidad entre las dos universidades más antiguas de Inglaterra, Oxford y Cambridge, es legendaria. Por eso resulta paradójico que el gigante farmacéutico anglo-sueco AstraZeneca haya comenzado a construir su sede, un impresionante proyecto arquitectónico de hierro y acero, en Cambridge y a la vez haya unido fuerzas con Oxford para afrontar un desafío descomunal como es la vacuna contra el coronavirus.

El experimento, cuyo éxito comienza a vislumbrarse con mayor certidumbre, es la combinación ideal soñada por los defensores

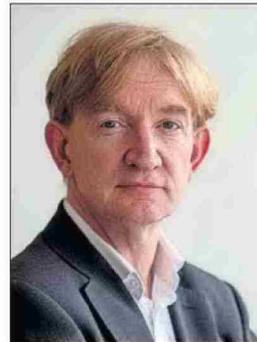
de una estrecha colaboración entre el mundo universitario y el empresarial, con beneficio para ambos y, sobre todo, para la población en general. Y una victoria para la combinación de esfuerzos entre la financiación pública del mundo académico y la financiación privada como vía de impulso de la innovación científica.

Detrás del proyecto hay un grupo de científicos motivados por una obsesión incansable, un esquema de proyección universitaria que favorece el lucro personal y la jugada estratégica de una multinacional que ha comprendido la necesidad de ponerse en se-

gundo plano y remar en la misma dirección.

Dos personas, entre otras muchas, son clave en este esfuerzo: Sarah Gilbert y Adrian Hill. La primera llegó a Oxford en 1994 para trabajar en el Instituto Jenner en la lucha contra el *plasmodium*, el parásito de la malaria. Gilbert tiene fama de ser una trabajadora incansable que bombardea a sus colegas con correos electrónicos desde las cuatro de la mañana hasta las últimas horas de la noche. Su principal línea de trabajo ha sido el desarrollo de vacunas que usen un vector viral, un virus modificado capaz de actuar como vehículo para introducir material genético externo en una célula.

Comenzó a investigar a las órdenes de Hill, un irlandés a quien la revista científica *The Lancet* definió en 2014 como alguien "con un silencio de acero, el tipo de persona que quieres tener a tu lado cuando estalla una crisis". La Organización Mundial de la Salud requirió de inmediato su ayuda cuando hubo que desarrollar a toda velocidad una vacuna contra el ébola. Fue pionero en el desarrollo de la tecnología aplicada ahora en la lucha contra la covid-19: el uso del adenovirus del resfriado común del chimpancé



Los científicos que han impulsado la vacuna de Oxford: Adrian Hill (arriba) y Sarah Gilbert (abajo).

modificado con información genética del nuevo coronavirus.

Gibert y Hill fundaron en 2015 Vaccitech, una empresa destinada a comercializar y obtener beneficios de sus descubrimientos. La Universidad de Oxford retendría un 50% de las participaciones. La institución académica anima a sus investigadores a crear compañías privadas, para atraer inversión externa, y les permite participar de los frutos económicos de la apuesta. Oxford Science Innovation (OSI) es el mayor fondo universitario de capital riesgo del mundo, y ha llegado a recaudar unos 670 millones de euros de inversores privados. Es la principal accionista de Vaccitech, junto a otros gigantes como GV (antes, Google Ventures), The Wellcome Trust o el conglomerado sanitario chino Fosun.

Los dos científicos siguen siendo profesores contratados por la universidad. Entre ambos poseen un 10% de Vaccitech, pero Hill, que formaba parte del consejo directivo, renunció a su función ejecutiva para centrarse en la vacuna. Se pusieron manos a la obra el 11 de enero, horas después de que China publicara la primera secuencia genética del virus. En cuestión de días disponían ya de

muestras. Pero pronto se dieron cuenta de que no tenían la capacidad para producir a gran escala la respuesta a una pandemia. Tras algunos contactos con gigantes farmacéuticos (Merck rechazó la oferta, según *The Wall Street Journal*), el acuerdo se cerró con AstraZeneca. Gilbert fue tajante: debía ser un proyecto sin ánimo de lucro mientras durara la fase de la pandemia. La empresa solo comenzará a obtener beneficios cuando los organismos independientes competentes dejen de considerar que el virus es pandémico, con la esperanza de que la vacuna siga siendo un arma necesaria en años venideros para mantenerlo bajo control. Eso, y la decisión de AstraZeneca de desarrollar líneas paralelas de producción en todo el mundo (Estados Unidos, Europa, Latinoamérica, China...) para evitar el “nacionalismo de vacuna” y asegurar su distribución homogénea hicieron el resto. La firma puso sobre la mesa un primer pago de 8,5 millones de euros y se comprometió a desembolsar casi 70 más en pagos fraccionados. Llegado el momento de poder vender libremente la vacuna, la universidad recibirá un 6% de las ventas.